EDITORIAL

Claudio Gómez Papic
Director
Museo Nacional de Historia Natural

Hay momentos singulares en el desarrollo de las Instituciones. Su creación es un hito básico, un cuaderno nuevo en el que se empieza a escribir una historia; ese primer paso es completamente perfecto, no se han cometido errores, está repleto de expectativas y los horizontes parecen todos franqueables. En otras palabras, un comienzo está lleno de páginas impolutas. Todas por llenar.

Con una condición: ninguna se puede borrar, corregir o esconder. Así es la historia.

Y conforme se consolida una personalidad institucional se van abriendo desafíos que se enfrentan con mayor o menor decisión, pero se sortean o se resuelven, y entonces la historia es oscilante. Lo que diferencia a un Museo de otras instituciones culturales es la recolección de bienes significativos para la nación, colecciones patrimoniales, testimonios históricos, y el acopio de ellos (cualquiera sea su naturaleza) es una obligación de la Institución y, naturalmente, del Estado que se obliga a sustentar tal institución en beneficio de quienes viven en el país y de los extranjeros.

Todo ello hasta que surge un momento en que las capacidades de resolver ciertas obligaciones se tornan una actividad abrumadora. El Museo Nacional de Historia Natural está enfrentando una situación de esa naturaleza: nos hemos llenado. Nuestros depósitos requieren espacios para albergar una cantidad inestimable de objetos, desde muy pequeños, como minúsculos insectos, hasta gigantes especímenes marinos.

El edificio que alberga al Museo Nacional es una antigua y notable estructura que tiene ya una brillante y noble trayectoria, desde ser la sede aquella Exposición Internacional en el siglo XIX, pasando por hospital de sangre que acogió a los heridos de la Guerra del Pacífico, para finalmente acoger al MNHN, institución que como Museo Nacional se remonta a 1830 y que tuvo su hogar definitivo en este edificio desde 1876. Ciento ochenta y seis años juntando objetos son muchas cosas.

En los años 80 del siglo XX, al edificio se le hicieron refacciones que no alteraron su estructura de notable palacio neoclásico, pero redujo los grandes y señoriales espacios internos a mitades útiles para la instalación de laboratorios y salas de exposiciones. Y estas áreas aún son insuficientes.

De modo que una solución es hacerse de un espacio más amplio y dedicado exclusivamente a las colecciones y los laboratorios, dejando al vetusto edificio recuperar su original estructura de gran y elegante personalidad neoclásica.

Y este ha sido un desafío mayor, uno de esos que evocamos en los primeros párrafos, no sabíamos muy bien cómo escribir estas páginas del libro nuevo de hace 186 años. ¿Dónde?, ¿cuándo?, ¿cuánto?, ¿cómo? Esta Dirección concibió (y decidió) el traslado de nuestros activos científicos y colecciones a un lugar que durante mucho tiempo fue incierto, dudoso, y en algunos momentos angustiante.

Este año, luego de golpear varias puertas, el Servicio de Vivienda y Urbanismo de la Región Metropolitana nos ha otorgado en comodato un espacio en Ciudad Parque Bicentenario de Cerrillos. . La superficie de 3,2 hectáreas incluye tres hangares que serán reacondicionados como lugar de depósito de la historia natural y cultural del país. Ciertamente este es otro desafío, quizás mayor que la tarea previa.

Hemos dado un gran paso, sin duda, sin embargo esto ha sido solamente el ponerse de pie.

Ahora nos falta empezar a caminar.